ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación).

EL CRISTO HISTÓRICO

ó JESÚS EL SANADOR Y EL MAESTRO.

El hilo de la narración histórica de la vida de Jesús puede desenredarse sin gran dificultad de los demás con que se halla entretejido. Para este estudio debemos utilizar la ayuda que pueden prestarnos esos anales del pasado que son capaces de comprobar las personas experimentadas en su averiguación, anales de los que se han extraído y publicado ciertos detalles relativos al Maestro hebreo, por H. P. Blavatsky y otros peritos en la investigación oculta. Ahora bien; esta palabra «perito», con relación al ocultismo, es á propósito para suscitar una recusación en el ánimo de muchos. Sin embargo, sólo indica una persona que por sus estudios especiales y por su especial educación, ha acumulado conocimientos especiales también y ha desarrollado facultades ó poderes que le permiten emitir una opinión, fundada en su propio conocimiento individual, sobre el asunto de que se trata. Así como calificamos á Huxley de perito en biología, al Mayor Wrangler de perito en matemáticas y á Lyell de perito en geología, así también, podremos muy bien llamar perito en Ocultismo al individuo que, por haber primero dominado

intelectualmente ciertas teorías fundamentales de la constitución del hombre y del universo, y por haber después desarrollado en sí mismo ciertos poderes que están latentes en todos los hombres—y que pueden desenvolverse por los que se dedican á estudios apropiados—, adquiere facultades que le permiten examinar los procesos más obscuros de la Naturaleza. Así como un hombre puede nacer con disposiciones para las matemáticas, y, ejercitándolas año tras año, puede aumentar enormemente su aptitud, asimismo puede nacer un hombre con ciertas facultades que corresponden al Alma, las cuales le es dado desarrollar por medio de la educación y de la disciplina. Si después de desarrolladas, las aplica al estudio del mundo invisible, éste individuo llega á ser perito en la Ciencia Oculta, y puede, á voluntad, pasar revista á los anales á que antes me he referido. Semejante revista se halla tan fuera del alcance del hombre vulgar, como lo está un libro escrito con los símbolos de las altas matemáticas, respecto á los profanos en tales ciencias. Nada hay exclusivo en el conocimiento, salvo en lo que toda ciencia es exclusiva; los que nacen con una facultad y la educan, pueden dominar la ciencia que le sea apropiada, al paso que los que vienen á la vida sin facultad alguna ó los que, poseyéndola, no la desarrollan, tienen que contentarse con permanecer ignorantes. Estas son las reglas para obtener el conocimiento en todo: lo mismo en Ocultismo que en cualquiera otra ciencia.

Los anales ocultos, en parte confirman la narración de los Evangelios y en parte no; nos muestran la vida de Jesús, y de este modo nos facilitan el separarla de los mitos que con ella están entrelazados.

El niño, cuyo nombre judío se ha cambiado en el de Jesús, nació en Palestina 105 años antes de nuestra Era, siendo cónsules Publio Rutilio Rufo y Gnæo Mallio Máximo. Sus padres, de linaje distinguido, aunque pobres, le educaron en el conocimiento de las Escrituras hebreas. Mas su ferviente devoción y su gravedad, que no emparejaba con sus años, resolvieron á aquéllos á dedicarle á la vida religiosa y asceta; y como poco después, en una visita que hizo á Jerusalem, mostrase su extraordinaria inteligencia y su afán de saber, yendo en busca de los doctores del templo, le enviaron á adquirir la enseñanza de una comunidad de esenios que habitaba el desierto meridional de Judea. A la edad de diecinueve años entró en el monasterio esenio situado en las proximidades del Monte Serbal, instituto muy visitado por los sabios que desde Persia y la India iban á Egipto, y donde existía una magnífica biblioteca de obras ocultas, indias muchas de ellas, otras de las regiones más allá del Himalaya. Desde este lugar de místico saber, pasó más tarde á Egipto. Había sido plenamente instruído en las doctrinas secretas, que constituían entre los esenios la verdadera fuente de vida; y en Egipto fué iniciado como discípulo de esa sublime Logia de donde salen los Fundadores de todas las grandes religiones, pues Egipto ha seguido siendo uno de los grandes centros que hay en el mundo, para la guarda de los Misterios verdaderos, de los cuales sólo son débiles y lejanos reflejos todos los Misterios semipúblicos. Los Misterios históricamente calificados de egip-

cios eran sombras de los asuntos de que realmente se trataba «en la Montaña», y allí fué consagrado el joven hebreo de un modo solemne que le preparó para el Sacerdocio Regio, á que llegó más tarde. Era su pureza tan sobrehumana y tan grande su devoción, que en su edad viril, llena de gracia, aventajaba con mucho á los severos y algún tanto fanáticos ascetas con quienes se había educado, derramando entre los adustos judíos que le rodeaban la fragancia de una sabiduría suave y tierna, como rosal que plantado por modo extraño en un desierto, esparciera sus perfumes sobre la estéril llanura. La gracia majestuosa y la hermosura de su nítida pureza formaban en torno suyo radiante aureola, y sus cortas palabras, dulces y amorosas, despertaban aún en los más duros temporal gentileza, y en los más rígidos pasajera ternura. Así vivió veintinueve años de vida mortal, creciendo de gracia en gracia.

Con pureza y devoción tan sobrehumanas, estaba en condiciones para servir de templo á un Poder más elevado, para ser la morada de una Presencia poderosa. Había sonado la hora de que se realizase una de las manifestaciones Divinas que de tiempo en tiempo vienen en auxilio de la humanidad, cuando para apresurar la evolución espiritual se necesita un nuevo impulso, cuando la Aurora de una nueva civilización va á despuntar. Estaba entonces el mundo occidental en la matriz del tiempo, á punto de nacer, y estaba la subraza teutónica dispuesta á empuñar el cetro del imperio que se caía de las manos trémulas de Roma; pero antes que emprendiese su jornada, debía aparecer un Salvador del Mundo y colocarse junto á la cuna del Hércules niño y bendecirlo.

Un poderoso «Hijo de Dios» debía encarnar en la tierra, un Instructor supremo «lleno de gracia y de verdad» (1), que poseía la Sabiduría Divina en su más plena medida, que era en realidad «la Palabra» encarnada, Luz y Vida desbordadas, Fuente positiva de Aguas vivas. Señor de Compasión y de Sabiduría — éste era Su nombre—, que desde Sus estancias en los Lugares Ocultos bajó al mundo de los hombres.

Mas necesitaba un tabernáculo terrestre, una forma humana, el cuerpo de un hombre. ¿Quién más á propósito para ceder su cuerpo con voluntad y alegría, en servicio de Uno ante el cual ángeles y hombres se humillaban con la más profunda reverencia, que este hebreo, el más noble y puro entre «los Perfectos», cuyo cuerpo y alma inmaculados eran lo mejor que la humanidad podía ofrecer? El hombre Jesús se entregó voluntario al sacrificio, «se ofreció sin mancha» al amante Señor, que tomó para sí aquella forma pura como tabernáculo, y vivió en ella tres años de vida mortal.

En las tradiciones contenidas en los Evangelios se encuentra esta época señalada por el Bautismo de Jesús, cuando se vió al Espíritu «que descendió del cielo como paloma y reposó sobre El» (2), y una voz celestial le pro-

---

(1) S. Juan I, 14.
(2) S. Juan I, 32.

clamó el Hijo muy amado á quien los hombres debían prestar oído. Y era él, en verdad, el Hijo amado en quien el Padre tiene contentamiento (1); y desde entonces «comenzó Jesús á predicar» (2), y fué aquel grande misterio: «Dios manifestado en carne» (3). Más no fué único en ser Dios, porque: «¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, Dioses sois? Si dijo Dioses á aquellos á los cuales fué hecha la palabra de Dios y la escritura no puede ser quebrantada, ¿á mí, á quien el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?» (4). De cierto, todos los hombres son Dioses por el Espíritu que llevan dentro; pero no en todos está manifestado el Dios Supremo como lo estaba en aquel su muy amado Hijo.

Esta Presencia manifestada puede llamarse correctamente «el Cristo». Ella fué quien vivió y anduvo por las colinas y llanuras de Palestina, bajo la forma del hombre Jesús, enseñando, curando enfermos y reuniendo en torno suyo como discípulos algunas almas más desarrolladas. El encanto extraordinario de Su Amor Real, que irradiaba de Sí, como el Sol sus rayos, atraía á Su lado á los que sufrían, á los fatigados, á los oprimidos; y la magia tierna y penetrante de Su gentil sabiduría purificaba, dulcificaba y ennoblecía aquellas vidas que se ponían en contacto con la Suya. Enseñaba con parábolas y luminosas imágenes á las ignorantes multitudes que alrededor de El se apiñaban y, haciendo uso de las facultades del Espíritu en libertad, sanaba muchos enfermos con la palabra y el tacto, multiplicando las energías magnéticas de Su cuerpo puro con la fuerza impulsiva de Su vida interna. Rechazáronle Sus hermanos esenios, entre los cuales trabajó al principio, porque comunicaba á las gentes la sabiduría espiritual—en la historia de la tentación están sintetizados los argumentos empleados en contra de Su vida dedicada á una obra de amor—, la sabiduría espiritual que ellos guardaban con orgullo como su secreto tesoro, y porque su amor a.ichísimo, dirigido siempre al Yo Divino, presente así en los elevados como en los humildes, atraía dentro de Su esfera á los degradados y á los proscritos. Por esto vió muy pronto cómo se condensaban sobre Su cabeza las negras nubes de la sospecha y del odio. Los instructores y gobernantes de Su nación vinieron presto á mirarle con celos y rabia; Su espiritualidad era la constante censura de su materialismo; Su poder, la continua, aunque muda, prueba de su impotencia. Tres años habían transcurrido apenas de Su bautismo, cuando estalló la tempestad que venía formándose, y el cuerpo humano de Jesús sufrió castigo por llevar en sí la gloriosa Presencia de un Instructor sobrehumano.

El pequeño círculo de discípulos escogidos que había elegido para guardadores de Su enseñanza, fueron privados así de la presencia física de su

---

(1) S. Mateo III, 17.
(2) *Ibid* IV, 17.
(3) I. Timoteo III, 16.
(4) S. Juan X, 34-36.

Maestro, antes que les fuese dado asimilarse Sus instrucciones; pero eran ellos almas avanzadas de elevado tipo, aparejados para el aprendizaje de la Sabiduría y aptos para transmitirla á hombres de menores vuelos. Entre todos, el más abierto á la enseñanza fué aquel «discípulo que Jesús amaba», joven, entusiasta, ferviente, profundamente devoto á su Maestro y copartícipe de Su espíritu de amor amplísimo. En la centuria que siguió á la desaparición de Cristo del mundo físico, fué el representante de la devoción mística que va tras del éxtasis, tras de la visión divina, tras de la unión con lo Supremo; entretanto, el gran Apóstol San Pablo representaba el aspecto de la Sabiduría de los Misterios.

El Maestro no olvidó la promesa que les hizo de venir á ellos después que el mundo hubiese dejado de verle (1), y por más de cincuenta años les estuvo visitando en Su cuerpo sutil espiritual, prosiguiendo las enseñanzas que había comenzado cuando entre ellos vivía, y doctrinándoles en el conocimiento de las verdades ocultas. Ellos vivieron el más tiempo reunidos en un lugar apartado de los confines de Judea, sin llamar la atención entre las muchas comunidades aparentemente similares de aquel entonces. Estudiaban las profundas verdades que El les enseñaba, y adquirían «los dones del Espíritu».

Estas instrucciones íntimas, comenzadas en Su vida física y continuadas después de abandonado el cuerpo, constituyeron el fundamento de los «Misterios de Jesús», que hemos visto en la historia de la Iglesia primitiva, y que formaron su vida interna: núcleo á que se fueron adhiriendo los materiales heterogéneos que al cabo hicieron el Cristianismo eclesiástico.

En el notable fragmento, llamado *Pistis Sophia*, figura un documento del mayor interés, el cual se refiere á la enseñanza oculta, y está escrito por el famoso Valentino. En él se dice que las lecciones de Jesús á sus discípulos llegaron en los once años que siguieron á Su muerte, tan sólo á «las regiones de los primeros estatutos, al primer misterio, al misterio dentro del velo» (2). Hasta entonces no habían aprendido la distribución de los órdenes angélicos, de lo cual habla en parte Ignacio (3). Después Jesús, estando «en la Montaña» con Sus discípulos, que recibieron Su Vestidura mística, el conocimiento de todas las regiones y las Palabras de Poder que les declaró, enseñóles más aún, prometiéndoles: «Yo os perfeccionaré en toda perfección, desde los misterios del interior á los misterios del exterior; yo os colmaré de Espíritu de suerte que seáis llamados espirituales, perfectos en todas las perfecciones» (4). Y los instruyó acerca de lo que era Sophia, la Sabiduría, y de su caída en la materia, en su intento de elevarse á lo más Alto, y de sus clamores á la Luz en quien había puesto su confianza, y del envío de

(1) S. Juan XIV. 18, 19.
(2) Valentino. Trad. por G. R. S. Mead. *Pistis Sophia*, lib. I, I.
(3) *Antes*, p. 205. SOPHIA de Junio.
(4) *Ibid*, 60.

Jesús para redimirla del cáos, y de su coronación con la luz de Aquel, y de su liberación de la servidumbre. Y aún siguió más adelante, hablándoles del más elevado Misterio, el inefable, el más sencillo y claro de todos, aunque el más alto, el que sólo debía ser conocido de aquel que renunciase al mundo de un modo completo (1); por este conocimiento los hombres se convertían en Cristos, pues tales «hombres son yo mismo, y yo soy esos hombres», pues Cristo es ese Misterio más elevado (2). Conociendo que los hombres son «transformados en pura luz y llevados dentro de la luz» (3). Y celebró para ellos la gran ceremonia de la Iniciación, el bautismo, «que conduce á la región de la verdad y á la región de la luz», y les mandó celebrarlo para otros que fuesen dignos: «Pero ocultad este misterio, no lo comuniqueis á todos, sino á aquellos solamente que hagan todas las cosas que os he señalado en mis mandamientos» (4).

Después de esto, los apóstoles, instruídos ya del todo, salieron á predicar, ayudados siempre de su Maestro.

Además, tanto ellos mismos como sus primitivos compañeros, trasladaron de su memoria á la escritura todos los discursos públicos y las parábolas que á su Maestro habían oído, y de igual modo, reuniendo con gran cuidado todas las noticias que pudieron haber, las pusieron por escrito y las hicieron circular entre los que se iban adhiriendo á su pequeña comunidad. Formáronse varias colecciones, escribiendo cada cual lo que recordaba, y añadiendo lo más selecto de los relatos de los demás. Las enseñanzas íntimas dadas por Cristo á Sus elegidos no se escribieron, sino que fueron transmitidas oralmente á los dignos de recibirlas, á discípulos constituídos en pequeñas comunidades para hacer vida retirada, aunque siempre en contacto con el cuerpo central.

Es, pues, el Cristo histórico un Ser glorioso que forma parte de la gran jerarquía cuyo cometido es guiar la evolución espiritual de la humanidad; el cual ocupó por espacio de tres años el cuerpo de Jesús, discípulo, y pasó el último de estos tres años enseñando públicamente por toda Judea y Samaria, y curó enfermos, y llevó á cabo obras ocultas señaladas, y reunió en torno Suyo una pequeña agrupación de discípulos á quienes comunicó las verdades más profundas de la vida del espíritu, y con rara ternura y singular amor y preciosa sabiduría conquistó los ánimos de las gentes, y acabó su carrera terrestre muerto por blasfemo, que tal fué considerado, por la honda doctrina de la Divinidad, inherente á Sí mismo y á todos los hombres, que predicara. Vino á dar al mundo un nuevo impulso de vida espiritual, á resucitar las íntimas enseñanzas referentes á esta vida, á apuntar de nuevo al antiguo estrecho sendero, á proclamar la existencia del «Reino de los

(1) *Ibid*, lib. II, 218.

(2) *Ibid*, 230.

(3) *Ibid*, 357.

(4) *Ibid*, 377.

Cielos», de la Iniciación, que da acceso al conocimiento de Dios que es vida eterna, y á dar entrada en este Reino á unos pocos capaces de ser maestros. Alrededor de esta Figura gloriosa se acumularon los mitos que la enlazaban con la larga serie de Sus predecesores, mitos alegóricos de sus vidas, que simbolizan la obra del Logos en el Kosmos y la evolución superior del alma individual humana.

Mas no se crea que la labor del Cristo en pro de Sus seguidores quedó terminada con el establecimiento de los Misterios, ni que se limitara á rara vez aparecer en ellos. Aquella Poderosa entidad que usó del cuerpo de Jesús como vehículo, y cuya solicitud tutelar abarca toda la evolución espiritual de la quinta raza humana, dejó á cargo del santo discípulo, que le había provisto de cuerpo, el cuidar de la Iglesia naciente. Jesús, dada cima á su evolución humana, llegó á ser uno de los Maestros de Sabiduría, y aceptado el encargo especial de la Cristiandad, procura siempre guiarla por derecha derrota y escudarla y protejerla y proveerla de alimento. El fué el Hierofante de los Misterios Cristianos, el Instructor directo de los Iniciados. Suya fué la inspiración que mantuvo viva la Gnosis en la Iglesia, hasta que la flotante masa de ignorancia llegó á tener tal pesadumbre, que ahogó la llama, aún aventada por Su poderoso aliento. Suya fué la paciente labor que reforzó una alma tras otra para resistir la lobreguez de las tinieblas, y alimentar dentro de sí la chispa de la aspiración mística, el anhelo en buscar el Dios escondido. Suyo fué el continuo imprimir la verdad en todo cerebro para ella aparejado, de modo que la antorcha del conocimiento pasase de mano en mano á través de los siglos sin que jamás se extinguiese. Suya era la Figura enhiesta detrás del tormento y de las llamas, que alentaba á Sus confesores y á Sus mártires, y suavizaba las angustias de su muerte y colmaba de paz sus corazones. Suyo el impulso expresado en la voz de trueno de Savonarola, en la sabiduría sosegada de Erasmo, en la ética profunda del teomaniaco Espinosa. Suya la energía de Roger Bacon, de Galileo y de Paracelso en sus investigaciones de la Naturaleza. Suya la belleza que sedujo á Fra-Angelico, á Rafael y á Leonardo da Vinci, que inspiró el genio de Miguel Angel, que brilló ante los ojos de Murillo, que comunicó el poder de erigir las maravillas del Duomo de Milán, de San Marcos de Venecia y de la Catedral de Florencia. Suyas las melodías que exhalan las misas de Mozart, las sonatas de Beethoven, los oratorios de Handel, las fugas de Bach, el austero esplendor de Brahms. Suya la Presencia que animaba á los solitarios místicos, á los perseguidos ocultistas, á los pacientes investigadores de la verdad. Él fué siempre el que por la persuasión ó por la amenaza, por la elocuencia de San Francisco ó por los sarcasmos de Voltaire, por la dulce sumisión de Tomás de Kempis ó por la ruda virilidad de Lutero, trató de instruir ó despertar á los hombres, de ganarlos á la santidad ó de fustigarlos si, sordos, permanecían en el mal. En tantos siglos ha trabajado y luchado, y aun llevando encima el enorme peso de las Iglesias, no ha descuidado jamás ni dejado sin consuelo á alma humana que á Él haya acudi-

do. Ahora pone todo su empeño en convertir en beneficio de la Cristiandad parte de la grande oleada de Sabiduría que se está haciendo fluir para renovar el mundo, y busca en las Iglesias quien tenga oídos para oir la Sabiduría, quien responda á Su llamamiento de mensajeros, para llevarla á su rebaño: «Aquí estoy; enviadme.»

(Se continuará.)



BUSCANDO LO POSITIVO

(CONCLUSIÓN)

La forma, cuerpo ó vehiculo de que se sirve la chispa de vida para adquirir experiencias, debe ser proporcional á su grado de desarrollo. En la naturaleza todo está supeditado á la ley de la proporción y de la armonía; la chispa de vida que ha adquirido la conciencia de sí misma, que se ha individualizado, que ha alcanzado la categoria de ser pensador y razonador, en una palabra, el Yo humano que analiza y posee una conciencia propia é independiente, no puede descender á animar una forma animal, pues en ella no le seria posible manifestar sus aptitudes, por carecer esta forma de la materia sutil y delicada capaz de responder á los impulsos del pensamiento emitido por el Yo humano ó pensador; de la propia suerte la chispa de vida que anima á la forma animal no puede ascender á animar la forma humana, por cuanto, no habiendo aún adquirido la facultad razonadora que distingue al Yo humano, esta forma se corromperia por falta de vida y movimiento, ó sea porque la chispa de vida que anima á la forma animal no sería bastante hábil para usarla. El instrumento debe corresponder á la habilidad del artista que lo maneja, y esto es precisamente lo que sucede; á cada artista se le da el instrumento que necesita para mostrar, desarrollar y ampliar sus conocimientos y habilidades.

A medida que el Yo se desarrolla y crece en inteligencia y espiritualidad, la naturaleza le provee de instrumentos ó vehículos cada vez más refinados, de suerte que las partículas que constituyen el cuerpo de un hombre de gran inteligencia, y sobre todo, de gran espiritualidad, cuyo corazón sólo vibra á impulsos de causas nobles y generosas, que es desinteresado y puro en todos sus actos, son mucho más sutiles y delicadas que las del hombre grosero é ignorante, y sobre todo, del hom-

bre egoista y sensual que todo lo refiere á sí mismo y cuyo corazón sólo vibra á impulsos de causas innobles y mezquinas.

A medida que nos elevamos en la escala de los seres, vemos que éstos adquieren gradualmente mayores facultades de sentir, percibir y comprender las cosas que les rodean. En el reino mineral no se descubre—á lo menos nosotros no descubrimos—sensación alguna; en el vegetal la sensación la vemos bien marcada, pues los vegetales, si tienen ocasión para ello, buscan lo que es útil y saludable á su vida, en tanto que huyen de lo que les es nocivo y perjudicial, prueba inequívoca de que son sensitivos, ó sea que sienten dolor ó placer, según los casos. Todos los seres sin excepción huimos por instinto de lo que nos causa sufrimiento y buscamos lo que nos produce placer; pero para huir ó acercarse á una cosa dada es menester primero sentir ó saber que esta cosa es buena ó mala, y luego inteligencia para tomar la dirección conveniente, es decir, inteligencia para saber si debemos apartarnos ó acercarnos á esa cosa en cuestión. No podemos negar, pues, que esa inteligencia y sensibilidad las posee la planta, pues sabe escoger perfectamente lo que le conviene. No hay para qué decir que quien sabe escoger y siente el dolor y el placer es la vida encerrada en la planta, mas no el cuerpo de la planta propiamente dicho.

La facultad de percibir el placer y el dolor es un atributo exclusivo de la vida, la cual, por ser tal, posee la inteligencia necesaria para apreciar, siempre relativamente, la intensidad de ambos, mas no de la materia, cuyo carácter pasivo excluye toda posibilidad de sensación ó inteligencia. Sin embargo, la vida, para percibir estas impresiones y experiencias, necesita del auxilio de la materia, pues sin ella le sería imposible desarrollarse. Si nosotros no tuviéramos los materiales necesarios para objetivar nuestros pensamientos, éstos quedarían para siempre en estado latente. El pintor genial no podría objetivar la bella imagen que está presente en su mente, si no tuviera á mano el lienzo, los colores y pinceles que para el caso necesita. Así, pues, la materia y el espíritu se necesitan y se completan entre sí; son los dos factores de la evolución, los dos polos de una sola y misma cosa: el Absoluto.

En el reino animal esta inteligencia y sensibilidad está desarrollada por modo tan patente para todos, que es inútil que nos detengamos á argumentar sobre ellas.

Pasemos al reino humano.

Cuando la chispa de vida ha adquirido las experiencias suficientes para pasar á animar la forma humana, entonces entra en una nueva fase de la evolución que se diferencia de las precedentes de una manera

muy notable. En los reinos mineral, vegetal y animal que informó anteriormente, no ha adquirido aún la conciencia de sí misma; vive, pero su vida no es conciente; siente, pero no se da cuenta del por qué siente ni á qué causas son debidas sus sensaciones; no es, en una palabra, una individualidad independiente, pues aún no ha principiado á obrar por cuenta propia. Todo su progreso ha sido guiado única y exclusivamente por la ley natural (1), sin que concientemente haya puesto nada de su parte, puesto que donde no hay conciencia no puede haber voluntad razonada.

Pero al llegar al reino humano se añade, por decirlo así, un nuevo factor que ayudará y apresurará la evolución. Este nuevo factor es la naciente conciencia de la entidad que evoluciona, la cual no estaba presente en el animal, y que desde este momento influirá en su progreso futuro. Al principio esta influencia es muy débil, debido á que en sus comienzos la conciencia en el hombre es una cosa muy confusa, es una facultad, la más preciada que posee el hombre, que, como todas las demás, debe desarrollarse lentamente, pues ya sabemos que la naturaleza no da saltos. Pero á medida que la conciencia se desarrolla, influye más y más en el progreso del individuo. Ya no es aquel progreso metódico supeditado sólo al tiempo y á la acción de las fuerzas de la naturaleza, sino que, por el contrario, cuando el nuevo factor conciencia toma parte en él puede este progreso verificarse con más ó menos rapidez, según sean los esfuerzos que concientemente haga la entidad que ahora es ya libre é independiente. A estos esfuerzos conscientes de la entidad libre son debidas en parte las enormes diferencias intelectuales y morales que notamos entre los hombres. Decimos en parte, porque no todos los seres humanos que nos desarrollamos en este globo, hemos recibido á un mismo tiempo la facultad de pensar de una manera conciente y razonada, sino que, generalmente hablando, los individuos que componen los pueblos y naciones menos avanzados reci-

---

(1) La ley natural ó naturaleza es un conjunto de fuerzas inteligentes y semi-inteligentes que obran bajo un plan establecido desde toda eternidad por la Ley que lo es de todas las leyes, Inmutable, Eterna y sin Principio. Entre estas fuerzas inteligentes las hay cuya capacidad intelectual y poder excede tanto á la nuestra, como la nuestra excede á la de la hormiga. En nuestro estado actual de desarrollo no nos es posible darnos cuenta de los grandes poderes que poseen estos elevados Seres, del mismo modo que á la hormiga no le es posible comprender nuestro modo de ser. Estas grandes Inteligencias son los fieles servidores y ejecutores de la Ley, por cuyo motivo nada sucede en la naturaleza que sea casual ó fortuito, sino que, por el contrario, todo obedece á un plan preconcebido que estos grandes seres llevan á cabo, secundados por una serie casi infinita de seres de diferentes grados de desarrollo que están bajo sus inmediatas órdenes.

bieron este don en una fecha posterior á la de los pueblos más cultos y civilizados. Por ejemplo, la fecha en que la mayoría de los actuales habitantes de la Nueva Zelanda recibieron la facultad que les elevó á la categoría de seres concientes, es posterior á la de la que la recibió la mayoría de los actuales habitantes de los pueblos europeos. Sin embargo, existen grandes diferencias intelectuales y morales entre individuos que recibieron á un mismo tiempo el inapreciable don de pensar, y eso es debido á los esfuerzos hechos por el individuo.

Nótase bien esta diferencia; al hombre le es dado progresar por iniciativa propia; puede, si quiere, emplear el tiempo en aprender un oficio, arte ó ciencia útil á si mismo y á sus semejantes, y puede, si tal es su voluntad, desperdiciar ese tiempo en la ociosidad, ó bien emplearlo en cosas inútiles y perjudiciales; al animal no le es dado progresar por iniciativa propia, pues no posee la conciencia de sí mismo, y donde no hay conciencia no puede haber libre albedrío, no puede haber libre elección entre lo que llamamos el bien y el mal y, por lo tanto, sólo puede progresar por el impulso y la voluntad de las fuerzas externas que le rodean. Si debido á esta libertad que el hombre posee emplea el tiempo en cosas útiles, claro está que el resultado será muy distinto de si lo disipa en cosas inútiles y perjudiciales. Así, pues, las diferencias intelectuales y morales que notamos entre los hombres son debidas en parte á que, en uso de su libre albedrío, han aprovechado ó desperdiciado el tiempo que la Naturaleza les concede para que se desarrollen y progresen. Pero esta libertad que la Naturaleza concede al hombre engendra responsabilidades que se traducen en sufrimientos y miserias que los animales desconocen. Aun los mismos dolores físicos que sufre el animal, creemos que no son tan acerbos como los que sufre el hombre, pues cuanto más sutil y delicada es la materia de que se compone un cuerpo, con tanta mayor intensidad transmite á la chispa de vida que lo anima, el placer ó el dolor. Sólo la doctrina de la responsabilidad individual puede darnos la clave de las diferencias sociales que se notan entre nosotros, así como del por qué vemos tantos seres cuya vida no es más que un continuado sufrimiento. El hombre, en uso de su libertad, viola las leyes de la naturaleza, y éstas le recuerdan por medio del dolor, que su interés está en acatarlas y seguirlas, y que cuantas veces las viole, otras tantas sufrirá sus desagradables consecuencias. En la naturaleza no caben injusticias; todo y todos estamos sujetos á una Ley cuya justicia consiste en que es igual para todos. Si se nos dice que esta Ley peca de severa, esto no entraremos á discutirlo por varias razones, la principal de las cuales consiste en que con

nuestras argumentaciones no hemos de modificarla, puesto que es Eterna, Inmutable y sin Principio. Además, hemos de tener en cuenta un dato importantísimo, á saber: que el Mal es transitorio y el Bien es Eterno.

El hombre, pues, no es un juguete del destino, ni está sujeto á la fatalidad; sólo está sujeto á una Ley, pero esta Ley es justa. Cuando oimos decir á los hombres que son desgraciados ó que tienen suerte, para nosotros no hacen más que decir un desatino, pues nadie tiene suerte ni es desgraciado, sino que todos llevamos nuestro merecido. El mendigo de hoy fué el potentado de ayer y el que hoy es rico y poderoso será quizá mañana el mendigo, esto según sea el uso que haga de su poder y riquezas. Los diferentes estados sociales sirven para adquirir las variadas experiencias que necesitamos, y la mayor ó menor suma de amarguras y dificultades que en la vida encontramos, son debidas á la mayor ó menor resistencia que hemos opuesto á las Leyes de la Naturaleza.

En nuestra mano está, pues, el acortar estos días de prueba, defendiéndonos de nuestras pasiones, impurezas y vicios, pues podemos estar bien seguros de que cuando hayamos ahuyentado á éstos nuestros únicos enemigos, nuestros dolores y quebrantos disminuirán en sus nueve décimas partes. El dolor y el sufrimiento son la consecuencia inevitable de la imperfección, y una vez destruída la causa, cesarán los efectos.

Los dolores y sufrimientos á que todavía está sujeto el hombre demuestran su inferioridad. Efectivamente, el hombre, tal como es ahora, es aún un ser muy inferior. Al decir que el hombre es aún un ser muy inferior, no trato en modo alguno de denigrar nuestra especie; sólo quiero dar á entender que nos hallamos todavía en el primer peldaño de la escala de la evolución, y que nuestro mundo es también, por supuesto, un mundo muy inferior. En los mundos que se hallan á un nivel de evolución más avanzado que el nuestro, y que, naturalmente, están habitados por seres más elevados que lo somos nosotros, no se conocen los agudos sufrimientos que experimentamos aquí bajo, pues la naturaleza no tiene necesidad de emplear, por decirlo así, medidas tan enérgicas como las que emplea aquí para corregir los desvíos de sus moradores.

Allí los seres son más dóciles porque son más sabios, y la naturaleza no tiene necesidad de imponerse como sucede aquí, pues basta sólo con que indique para ser obedecida. La naturaleza hace con nosotros lo mismo que nosotros hacemos con nuestros hijos; si podemos

lograr que para su mismo bien obedezcan nuestros mandatos con sólo insinuárselos, jamás apelamos á medios extremos; pero si para hacer que ejecuten nuestras órdenes, no bastan la dulzura y la persuasión, entonces, mal que nos pese, hemos de recurrir á medidas más enérgicas. Como que en los mundos superiores los seres que los habitan comprenden perfectamente el objeto de la evolución, pues ven claramente de donde vienen, en donde están y á donde van, todos se esfuerzan en obedecer á la ley, y por lo tanto en progresar, pues saben que á mayor suma de saber y pureza corresponde mayor suma de felicidad.

Y, sin embargo, el hombre del planeta Tierra se llama á sí mismo, enfática y cándidamente, el rey de la creación: creo que no pecaríamos de excesivamente modestos si nos limitáramos á decir que somos, no ya los reyes de este planeta, sino los seres más inteligentes que lo habitan. En cuanto á los Seres á quienes con justo motivo puede darse el título de Reyes de este planeta, pocos son los hombres de nuestra raza que tienen y han tenido la dicha de conocerlos.

Cuando oimos el calificativo de santo, de majestad, de alteza, de excelencia, de ilustre, de señoría, etc., etc., aplicado á individuos de nuestra raza, y los interesados permiten, y aun exigen, que así se les califique, sentimos profunda lástima y conmiseración, al considerar la profunda ignorancia que del lugar que ocupamos en la evolución se necesita para dar y aceptar tales calificativos. El engreimiento personal, hijo de la más crasa ignorancia, cierra nuestros ojos á la evidencia. Todos aquellos que tuvieren y tienen algún mérito que les haga dignos de que se les aplique alguno de los menos exaltados de estos calificativos, los rechazan y los han rechazado siempre, como lo prueba que el mismo Jesús rechazara el dictado de bueno; y si él no se consideró bastante puro y bastante espiritual para aceptar este modesto dictado, ¿hemos de aceptar nosotros, que nos hallamos á un nivel muy inferior al suyo, que se nos llame santos, excelentes, ilustres, etc., etc.?

Un mundo como el nuestro en donde el hombre vierte diariamente torrentes de sangre con la cual se alimenta, en donde, no contento con verter la sangre de los animales, vierte la suya propia, en donde se incendia, se roba y se mata, y en donde en nombre de la ley se condena á muerte, un mundo semejante no puede menos de ser un mundo muy inferior. Si comparamos el sistema solar al cual pertenecemos á una gran ciudad, nuestro mundo ocupa en él el lugar de una de las más miserables buhardillas existentes en una de las más pobres casas de esta ciudad; y hasta el mismo sistema solar del cual formamos parte pertenece, por decirlo así, á la quinta jerarquía de los de su clase,

puesto que aún contiene mundos como el nuestro y quizá otros todavía más atrasados.

No podemos, ni debemos, pues, creernos los reyes de la creación, sino sólo una de sus, por ahora, muy imperfectas criaturas, puesto que si bien hemos alcanzado el nivel de seres concientes, todavía nos hallamos en los primeros peldaños de la escala infinita del progreso.

LUIS PHATHELET.

LOS FILÓSOFOS DESCONOCIDOS

ESTANISLAO SÁNCHEZ CALVO

(Notas para un ensayo futuro).

Á RAFAEL URBANO.

«ERA un alma que había encontrado su cuerpo», un alma idealista la de aquel gran filósofo Sánchez Calvo, á quien sus contemporáneos desconocen completamente. En sus obras *Los Nombres de los Dioses* y *La Filosofía de lo maravilloso positivo* hállanse repartidos los fragmentos de una de las más extraordinarias estructuras mentales de la España del siglo XIX. No voy á analizar aquí la labor de aquel espíritu profundo y minucioso, inspirado y sutil; se trata sólo de alentar á otros que, con más méritos que yo, podrán hacerlo. *Clarín* le dedicó en la *Revista de España* una página, mitad necrología, mitad crítica, y D. Juan Valera, en carta particular al Sr. Díaz-Pérez, prometió ocuparse de Sánchez Calvo largamente, y si hasta ahora no lo ha hecho, no es aventurado suponer que cumplirá con el filósofo, según sus altos merecimientos. En la *Filosofía de lo maravilloso positivo* hay la serenidad que necesitan nuestras almas inquietas y doloridas, la sencilla serenidad de la vida interior. De Sánchez Calvo, como de Sócrates, puede decirse que fué «negociante en sueños».

* * *

La *Filosofía de lo maravilloso positivo* es un libro científico sin dejar de ser metafísico; un libro interesante, tanto por la variedad de documentos que encierra, como por el modo con que los acomoda á su tesis absolutamente idealista. Lo maravilloso positivo es lo único que puede existir y existe, en efecto, si por estas palabras se entiende con el autor no lo *incognoscible*, sino lo *desconocido*. De este modo puede rehabilitarse filosóficamente la creencia en los milagros. ¿Con qué derecho se ha de disputar la posible existencia, en la naturaleza, de leyes desconocidas, cuyos efectos pueden anular los de las leyes conocidas? El milagro no es todo lo maravilloso sino que es una especie en el género de lo maravilloso. El carácter esencial del milagro no es ser sobrenatural, sino misterioso, ó lo que es lo mismo, desconocido. Para esta clase de hechos hay que aceptar las mismas pruebas y los mismos testimonios que para los demás hechos naturales. Supuesto esto, Sánchez Calvo nos demuestra la existencia positiva de lo maravilloso, sucesivamente en los hechos del instinto, de la alucinación, del presentimiento, de la adivinación, de la trasmisión del pensamiento, de las apariciones y de la telepatía. *El instinto* puede definirse en cuanto á su modo de manifestación, como una voluntad consciente del medio propio para realizar un fin ideado por lo Inconsciente. Maravilloso auxiliar, dispuesto en virtud de una misteriosa sugestión por un poder superior para los diversos seres, en proporción de las necesidades de la especie y de la inexperiencia de la vida. Este poder *inconsciente*, con respecto á los seres, es en sí *supraconsciente*. Sus súbditos ignoran lo que les impele á ejecutar. Como se ve, Sánchez Calvo es un libre discípulo de Hartmann. Lo maravilloso en *la alucinación* está demostrado históricamente.

La producción de este fenómeno ha sido atestiguada, entre otros, por Sócrates, por Platón y por Jenofonte. Las opiniones se dividen tan sólo en la interpretación del hecho. Los sabios modernos lo explican por un estado patológico, oportuno sin duda, pero incapaz de servirle de otra cosa que de *ocasión*. Ciertas organizaciones tienen el privilegio de los éxtasis. ¿Puede producir tales milagros un desequilibrio en los humores? Para comprender á Juana de Arco es necesario echar á un lado todo lo que á la psicología concierne; en ella, como en Santa Teresa, como en Sócrates, como en los grandes extáticos, había un estado especial patológico y un efecto de sugestión divina. *El sueño*

hipnótico es también un hecho conocido desde la más remota antigüedad. Esta *autosugestión*, propia de algunos temperamentos y obtenida después de largas vigilias ó de una tensión fuerte y prolongada del espíritu, ha contribuído á la historia de las religiones con hechos, ya sobrenaturales, ya dramáticos

Es *un atractivo* en todo semejante á los que los hipnotizadores describen en sus obras. *La hipnosis* ó *el histerismo* son aquí únicamente accesorios y originales, casos de sugestión, tentativas de lo Inconsciente sobre almas dudosamente preparadas. Á este ser misterioso, á este gran sugestionador deben atribuirse la mayor parte de los crímenes, así como los progresos del mundo, los grandes descubrimientos y las grandes inspiraciones. En donde se leía «el diablo» ó «el ángel de la guarda», debe leerse, según opina Ochorowity, «lo Inconsciente». Lo que en otro tiempo se llamaba lucidez ó *doble vista*, se explica ahora por una trasmisión del pensamiento.

Nuestros sabios no ven en eso sino hechos de sonambulismo natural ó artificial. Pero esta explicación no es unánime. Este misterio que precisa juzgar desde cierto punto de vista, *la trasmisión del pensamiento*, se debe estudiar en sí mismo y buscar resueltamente, no sólo sus condiciones, sino su naturaleza positiva. La solución de este problema no embaraza gran cosa al autor. ¿Qué son, en el fondo, el pensamiento y la voluntad? Impulsos, causas de movimiento en el cerebro. Este movimiento puede trasmitirse, bajo la forma de vibraciones muy sutiles, á otro órgano de la voluntad y del pensamiento, puesto en condiciones de apreciarlas por medio del *monoideismo* ó la ausencia de impresiones exteriores. La ley de *reversibilidad* de la fuerza dos veces transformada, está demostrada mediante el *fotofono*, ese admirable aparato que trasmite la palabra á distancia en un rayo de luz. Si el signo-palabra, si el movimiento verbal puede ir envuelto en un rayo de luz, sin descomponerse, caminando muchas leguas, ¿por qué el signo ó movimiento cerebral del pensamiento no puede llegar á otro centro á través de la corriente etérea? La idea tiene en el cerebro su signo, su propia imagen, independiente del signo de la palabra, y estas imágenes son iguales en todas las lenguas. Lo maravilloso no está en la trasmisión del movimiento, sino en la interpretación del signo, y ahora vemos cómo está simplificada la exposición del fenómeno por la teoría de Sánchez Calvo. En las comunicaciones de ce-

rebro á cerebro, se trasmite el signo universal, el signo-imagen. Se sabe que los poseídos de Loudun, lo mismo que los estáticos é hipnotizados, entendían, sin hablarse, las lenguas extranjeras, y no pocos sonámbulos han declarado también entender el pensamiento y no el lenguaje. He aquí demostrados al mismo tiempo, como hechos positivos, *la adivinación y el presentimiento*. Se reducen á fenómenos de sugestión ó de trasmisión de un pensamiento (superior ó divino), pensamiento siempre ignorado, imagen, idea ó signo que impresionó una parte del organismo. Es cierto, además, que la facultad *adivinativa* nunca llega á más alto grado de perfección que en los tipos acabados de moralidad ó cuando se ha cumplido una gran misión. Los oráculos revelaban sus más importantes secretos á los mejores y más sabios y para los fines más útiles á ellos y á sus semejantes. Lo Inconsciente trasmite así sus consejos saludables á las almas escogidas. Los fenómenos estudiados en nuestros días bajo el nombre de presentimientos y de telepatía comprenden también las *apariciones*. ¿Es de extrañar y es acaso contrario á la naturaleza universal que seres superiores al hombre, si hay alguno, adopten formas y organismos invisibles á nuestros débiles órganos de visión y hallen medios naturales de comunicación con los hombres? Hipótesis sobre hipótesis; Sánchez Calvo estima que algún día llegará á demostrarse por hechos que el principio activo (el alma) que rige los órganos humanos abandona el cuerpo físico, envuelto en sutiles moléculas que forman una figura ó un fantasma, pudiendo ser en ciertos casos visible y tactible. Si el alma, durante la vida terrestre, pudo, por algunas condiciones patológicas, ponerse en estado de dominar su organismo y salir por algún tiempo del cuerpo para realizar ella sola los actos de la vida, ¿no tiene derecho á usar de la misma libertad, después de la muerte del cuerpo, para aparecerse, por atracción simpática, á las personas vivientes? Los hechos de apariciones de vivos y muertos están históricamente demostrados: sólo falta darles certeza científica. ¿Es esto afirmar que los diversos fenómenos de aparición no se comprenden bien sino en la teoría de los signos-imágenes y la hipótesis de la ondulación etérea que les conduce en todas direcciones hasta que encuentran un cerebro dispuesto para recibirles? A la hipótesis del éter debe añadirse la hipótesis no menos científica, según Sánchez Calvo, de Dios, uno ó múltiple. Las fuerzas naturales que han producido al hom-

bre, también han producido seres superiores, buenos ó malos, capaces de proyectar sus imágenes ó fantasmas perceptibles en ciertas condiciones determinadas. Comunican con los seres inferiores por movimientos etéreos, signos de ideas. Disponen sin duda del poder de poner la materia en movimiento y dominar, invisibles, los elementos de nuestro mundo. Saben lo que entre nosotros pasa y nos informan también de lo que pasa en regiones distantes de las nuestras. El mundo es su representación, y mediante ellos, la nuestra. Comprenden y dirigen la inmensa sinfonía del universo. El hombre que participa de la vida etérea por la luz, participará de ella más plenamente cuando su alma se haya despojado de la miserable envoltura del cuerpo. Tal es la filosofía de la sugestión que pretende explicar el misterio por hechos positivamente admitidos, sin duda, pero interpretados por una metafísica que justifica los milagros, los oráculos y las apariencias. El mundo es una realidad á la vez actual é ideal, y Dios, en el centro del mundo, fiel servidor de las leyes naturales. Demuestra también la realidad del *politeísmo* y del *polidemonismo*. Subordina todas las cosas á un determinismo universal y necesario en que la libertad viene á ser una colaboradora de la tentación, de la gracia, de la sugestión, de Dios ó de lo Inconsciente.

Pedro González-Blanco.

Agosto de 1902.

❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦

CAMINO DE LO ETERNO

TRES DIÁLOGOS BREVES

I

—¡Vamos! ya estamos solos, sin nadie que pueda molestarnos, y ¡mira cómo á nuestros pies se agita esa gran ciudad que parece satisfecha!

—Es verdad; y como hace mucho tiempo que no nos vemos, deseo hacerte unas preguntas sobre ideas que bullen hace tiempo en mi cerebro.

—No importa que nuestra separación haya sido larga, si es que te has acordado de mí; por mi parte, puedo decirte que siempre estuviste en mi pensamiento; ¡es tan grato recordar á los buenos amigos! Después de todo me alegra eso que me dices de tus ideas, pues manifiestas con ello salirte de la rutina de nuestra sociedad que no se molesta en estas cosas.

—Bien dices; y ten presente que si no me inspirases tanta confianza no me atrevería á preguntarte lo que tan vivamente deseo.

—No te detengas en hacerlo; solos estamos y el cielo espléndido de esta noche de verano nos envía un reflejo de la luz eterna.

—Pues bien; ya sabes que la última vez que estuvimos juntos te manifesté deseos por saber algo sobre Dios.

—Sí, sí; y recuerdo que te emplacé para otra ocasión en que mi idea sobre el Perfecto fuese algo más completa. Pero ahora, amigo mío, he de decirte que tal concepto sigue siendo tan deficiente ó más que antes; y no es esto sólo, sino que tengo el convencimiento de que nunca llegaré á verle con claridad.

—Pero ¿es que la verdad no puede alcanzarse nunca?

—La verdad, sí, puede obtenerse... si es relativa: porque lo Absoluto...

—¡Otra cosa que me atormenta! Nunca puedo explicarme si debo tomar á Dios por lo Absoluto, ó al contrario.

—¡Ay, amigo mío, y qué lejos quieres ir! Yo no puedo decirte casi nada de eso y renuncio á...

—¡No, no; todo menos renunciar! Si es poco y obscuro lo que sabes, al fin será un algo que mitigará mi afán.

—Ya veo que estás lleno de interés, y por eso te diré lo que he podido escudriñar; advirtiéndote que no te detengas en ello porque es un grado intermedio de la escala del conocimiento.

—Te miro y te escucho.

—Bueno. Tenemos, en primer lugar, dos conceptos principales cuyo significado queremos saber: lo Absoluto y Dios; ¿no es eso? Y veremos luego si son términos convertibles ó no; ¿te parece?

—Sí.

—No soy tan soberbio que intente tales cosas comenzando por abstracciones que tú no comprenderías y que á mí están vedadas. El pedestal glorioso no lo podemos construir los que no manejamos más que piedras y metales. Así es que tomare-

mos como base de demostración una cosa bien conocida de los dos, dejando al tiempo y al progreso indefinido de tu conocimiento que ascienda á aquellas elevadas esferas.

—Me parece muy bien lo que dices.

—Sea el fundamento necesario de la demostración de lo Absoluto, el mar, del que tienes cabal idea. Pero el mar sin orillas, sin fondo y sin cielo, extenso en todas direcciones, arriba, abajo, delante, detrás, á los lados. Es decir, que no pueda haber y que tú no puedas concebir nada que no sea agua; pero agua que no está compuesta de gotas, ni de moléculas, ni de átomos, sino de mónadas...

—Así le concibo.

—Si piensas bien, verás que en ese elemento no puede haber seres; á menos que, pensando más profundamente, dijeras que cada átomo es un ser y cada mónada una conciencia.

Visto así el mar en tu mente, podías preguntar que si existía el movimiento; y yo te digo que tampoco hay movimiento, por no haber, en tal simplicidad, relación posible de moviente á movido; ¿entiendes?

—Sí. Pero ¿y el espacio?

—Si no hay cuerpos.

—¿Ni tiempo...?

—¡Si no hay sucesión!

—Me parece ver claro en lo que has dicho; pero ahora se me ocurre una duda muy grande.

—Dila.

—Si es que todo en ese elemento, ó en ese estado, es idéntico á sí mismo, sin impulso ni movimiento, sin espacio ni tiempo, ¿quién pudo conocerlo? Y tratando, desde luego, del Absoluto, ¿cómo me hablas tú mismo de lo que, según deduzco, nadie ni nada puede conocer?

—La duda, querido amigo, la has disipado tú mismo y poco me queda por aclararte. Porque si hubiera quien se diera cuenta de aquel estado, indicaría que existía, existe ó pueda existir una conciencia ó un ser que observaba y concebía el Absoluto. Y en este hecho de ser ó de tener conciencia ya habría limitación; y lo que es limitado no puede ser lo Absoluto. Lo finito no puede pensar en lo que no tiene fin.

Un pensamiento, el más puro, una palabra, por breve que sea, jamás podrán darnos á conocer Aquello que lo contiene

todo. Si al mar le decimos muchas veces que es inmenso, es porque le imaginamos sin el más pequeño islote.

—Comprendo lo que dices; pero, entonces, ¿dónde está la idea que de lo Absoluto me ofrecías?

—No puedo contestarte; sólo el silencio mío y tu amor á la verdad pueden darte la respuesta.

—Pero... ¿y Dios?

—¿No te satisface, como tal, lo Absoluto? ¿O es que quieres un Dios que esté fuera de Aquello que lo abarca, que lo contiene todo? ¿Es que quieres destruirte á ti mismo?

—¡Ya comprendo! El verdadero Dios es lo Absoluto...

—Y también lo Incognoscible y lo Inefable; y borra pronto de tu mente ese atributo de—verdadero—que acabas de pronunciar. Porque Dios, como Absoluto, no es verdadero ni falso, ni bueno ni malo, consciente ni inconsciente...

Y no sigas preguntándome no sea que tú te vayas á confundir y yo me vaya á ensoberbecer. Vámonos á la ciudad, que duerme, al parecer, tranquila, sin haber contemplado el grandioso espectáculo del cielo.

II

—Entra, entra, amigo mío, y en ésta mi habitación, que desde ahora es tuya, tan humilde y reducida, hallarás el cariño que te profeso y que tan grande es. Mucho me he acordado de ti desde la noche que admirábamos el orden que hay en los cielos desde aquella montaña, y platicábamos de cosas transcendentes.

—Cosas que, á decirte verdad, me han hecho pensar grandemente y convenir contigo en muchas de ellas.

— Yo lo celebro, aunque no mucho; porque me produciría pesar el ver que en cuestión de ideas, tales como las tratadas, nos poníamos de acuerdo sin un grande y largo debate. Pues has de saber que tú, como yo, ocupas un grado diferente en la evolución de la vida, y por lo tanto no podemos ver las ideas de igual y exacta manera; así es que debemos contentarnos con tener algunos ó muchos puntos de contacto.

— Con esto quieres decir que la oposición es propia de los seres evolucionantes.

— Eso mismo; y si no ¿á que no te dejaron satisfecho mis explicaciones sobre lo Absoluto y sobre Dios?

— Al contrario: me parece que mi razón ha descansado al sentir, más que comprender, la identificación de ambos términos; en otras palabras: que me satisface la idea de Dios en cuanto es lo Incognoscible.

— ¡Pues nada! si es así, me alegro del todo.

— Lo que me tiene en confusión, es lo que me dijiste sobre que el Absoluto no es conciencia ni inconsciencia; verdadero ni falso...

— Ahora sí que me llenas de contento, porque veo que tienes deseos de adelantar, si bien te repito que nunca llegarás á la meta. ¡Pero es tan noble estudiar constantemente este interminable proceso de la verdad, cuando no impulsa otro móvil que el de amor á la verdad misma!

— ¡Qué bien dices!

— La cuestión es ésta: Si del Absoluto nada puede decirse, porque no se puede concebir una mente separada que diga relación con él, no podemos deducir que sea consciente, ni verdadero, ni bueno. Reduciendo y universalizando más: el Absoluto, en cuanto lo contiene todo, no es conciencia, ni bondad, ni verdad.

No es ninguna de estas cosas; pues en aquella absolutividad no hay los pares de opuestos.

Estos se originan con la presencia ó manifestación del Ser, que como tal, limita el Absoluto, y este Ser, ó este Primer Principio, en cuanto es tal, es conciencia y es verdad porque es lo relativo.

Cómo y por qué este Ser, que surge del Absoluto, viene á la existencia, cosas son que no te puedo decir y que tú debes indagar.

Pero este Ser es limitado, es decir, que está limitado en todas direcciones, y todo lo que no es El mismo, es No Ser. El Ser como conciencia; el No Ser como el objeto de la conciencia; y desde aquí, en escala infinita, toda la limitada variedad de oposiciones: oposiciones que se llaman bien y mal, justo é injusto, verdadero y falso, cuando la voluntad comienza su trabajo.

— ¡Siguo, no te detengas!

— Ya sabes que no podemos pensar en dos términos opuestos sin una relación que los una.

— Sí.

— De aquí la necesidad de un tercer término que sea como el lienzo es á las figuras; y que no puede ser otra cosa que una reflexión del Absoluto, y á que puedes llamar Universo ó manifestación universal. Y aquí tenemos lo que llamamos — la Trinidad — ó gran misterio.

— Te ruego que sigas hablando.

— No seas exigente y quieras cansarte al fatigarme.

— Como quieras.

— Ya sabes, por la experiencia diaria, que el sol aparece y desaparece en el horizonte; pero ¡qué pocos son los hombres que admiran y sienten los bellos cambiantes de la luz que se quiebra en las nubes!

— No acierto.

— Quiero decirte, que estas cosas que te he dicho sobre la triple manifestación divina, más se sienten que se comprenden.

— Estoy de acuerdo.

— Hemos dicho que el Absoluto no puede ser consciente; porque si lo fuera tendría un objeto de conocimiento, y este objeto le daría límites, cosa que rechaza el significado de Absoluto. Ni tampoco se puede decir que sea conciencia absoluta, porque, entonces, implicaría un objeto absoluto de conocimiento.

Podíamos pensar que, puesto que el Absoluto no es conciencia, será inconciencia; y yo digo que tampoco es esto, por las mismas razones que no es conciencia.

Ni podemos decir que, puesto que no es ni una cosa ni otra, será la nada; pues si la nada hubiera existido un instante, la nada sería siempre; y es bien seguro que ni tú ni yo estaríamos estudiando este proceso.

La conciencia, pues, nace de la reflexión del Ser, ó Primer Principio, en el No Ser; y después, por participación, en todos los seres que mutuamente se limitan. ¿Has comprendido?

— Sí, aunque no con mucha claridad.

— No importa; ya la alcanzarás si piensas en ello detenida y cuidadosamente.

Y debes fijarte en que ya tenemos la idea de Dios, ó como Absoluto ó como Trinidad.

— Está bien; pero quisiera...

— De ninguna manera; no quieras más por hoy. Otro día será, pues asuntos de distinta naturaleza me llaman á otra parte.

III

—¡Adiós, mi querido amigo! ¡Cuánto celebro el encontrarte! Tenía ya verdadera necesidad de verte.

—¿Sí? Pues me alegro yo también, porque es señal de que algo reflejo que tú deseas poseer. Por mi parte he de manifestar que tenía el presentimiento de hallarte. Y si quieres, podemos pasear á lo largo del muelle hasta llegar á su término.

— Y ¿no te parece excesivo tanto andar?

— ¿Te molesta? Entonces desisto de ello.

— No; te decía esto mirando por tu conveniencia.

— Al contrario, amigo mío: lo que nos es necesario debemos practicarlo inmediatamente, y creo que, el llegar hasta donde te he dicho, es, si no necesario del todo, muy provechoso.

— A ver, explícate.

— Digo que nos conviene llegar hasta aquel sitio, porque supongo que nuestra conversación será una continuación de las anteriores. Y si después de discurrir por entre gentes de todas nacionalidades, de todas creencias y costumbres como en este muelle se agitan, queriendo entenderse y amarse, siquiera sea por fines de utilidad; y si nosotros podemos vivir el gran ideal de la familia humana respirando por un momento este ambiente, creo necesario completar nuestro paseo, del modo que te digo, para seguir, primero con la vista, después con el pensamiento, los barcos que se van á otros puntos de la tierra. Y dan cima, con esta aspiración amorosa, á nuestra discusión de lo universal.

— Soy de tu opinión; y ¡si supieras cómo esa idea grandiosa de la humana fraternidad llena mi alma de alegría y esperanza!

— Lo comprendo, aunque debes desarrollar en ti, por medio del amor, ideales más altos que el humano. Pero de esto no quiero hablarte ahora, pues hemos de seguir examinando lo que dejamos pendiente.

— Como quieras.

— Si mal no recuerdo, quedamos en que Dios, como Absoluto, es lo Incognoscible, constituyendo esta imposibilidad la base más firme y racional para los hombres que, como tú, desean elevarse. Luego dijimos que la presencia del Ser, ó Primer Principio, como Trinidad, originaba otra idea de Dios. Y por último, convinimos en que al Absoluto nada puede atribuírsele.

Pero no sucede esto último cuando tratamos de la Trinidad; que, como limitación que es, pueden dársele cuantos atributos quiera la mente; y así decimos que es Conciencia, Bondad, Justicia, Verdad... Pudiendo ser estas abstracciones, y sus personificaciones, aspectos de Dios.

Y como de pasada he de decirte, que si bien el Absoluto, como ya he repetido, nada puede atribuírsele, es, no obstante, todo lo que referimos.

—¿Qué dices? Ahora no te comprendo, me ibas llenando de luz, y estas últimas palabras tuyas son para mí una sombra.

—Ya lo sé; pero no insistas. ¿Es que te figurabas ver ya el horizonte sin límites? No debes olvidar que quien te habla es un ser finito que no puede completar ninguna idea y mucho menos esta de Dios; sólo trata de hacerte visible el pequeño reflejo que en él brilla, de Aquella luz increada y eterna. Nunca logrará un soldado formar el juicio completo de una batalla no teniendo conocimiento más que de los actos que él realiza.

—Está bien, sigue.

—Si has de seguir en la indagación de esta idea de Dios, procura no hacerlo solamente por el camino de la comprensión científica, llevando tus pasos al de la devoción y sentimiento racionales; pues éste, una vez encontrado, nos conduce mejor y más pronto á su conocimiento, pues en él es más potente el gran espíritu.

—¿Qué espíritu?

—El amor: ¡el amor á todos los seres y á todas las cosas!

—No comprendo bien...

—¿No hemos dicho que Dios, como Absoluto, no excluye á nada, no limita á nada, que lo abarca y lo comprende todo, incluso á nuestra mente?

—Sí.

—¿Y cómo llamarás á esta no exclusión, á esta no limitación sino amor? ¿No ves y sabes que por la limitación, y sólo por ella, dejamos de amar cual debiéramos?

—De acuerdo estoy; continúa.

—Recordarás que te hablé, hace días, de la evolución de la vida, y he de añadir que ésta no se hace sino en la forma que también evoluciona paralelamente á aquélla; y que cada ser ocupa un grado diferente en la infinita escala evolutiva. De esto deducirás que la idea de Dios no puede ser igualmente concebi-

da por todos los hombres, sino que cada uno de ellos tendrá una diferente; y además, que ni la idea de éste ó la de aquél, por elevada que sea, será la verdadera por cuanto no son más que ideas particulares y relativas.

—También deduciremos: que si una cualquiera de estas ideas particulares no puede ser del todo verdadera, tampoco puede ser completamente falsa, pues está comprendida en el Absoluto. Es decir, que todas y cada una de las ideas sobre Dios, son verdaderas en cuanto participan del Absoluto, y son en algún modo falsas en lo que tienen de relativas y particulares.

—Según eso, ¿ni Jesús, ni Budha, ni Zoroastro, ni otro maestro alguno será el representante del verdadero Dios?

—¿Quién lo duda? Por muy sublimes que sean las doctrinas que estos maestros expusieron á la humanidad, ¿no representa cada una de ellas una limitación ó una exclusión? Ya te dije que en el fondo son todas verdades, y que sólo son falsas según las condiciones de lugar y tiempo.

—¡Sí... sí!...

—Pero, ¿qué te pasa?

—Que me encuentro abatido.

—¿Por qué?

—Porque bien comprendo que es imposible llegar al fin de la evolución ¡adelanto tan poco! Y, por otra parte, ¡es tan corta la vida!

—¡Ah! ¡Pero crees en la muerte!... No me admira tanto esta tu creencia errónea, como el que hayas podido comprenderme. ¡Desecha de ti esa idea desdichada que impide todo progreso y mata toda confianza en lo futuro! ¡La vida es siempre, reapareciendo en infinito y variado número de formas!

—¡Ah! De modo que...

—¿No has visto, en la naturaleza toda, el no interrumpido proceso de las causas y de los efectos? ¿Por qué, pues, quieres negarte á ti mismo?

—¡Sí, sí! Pero explícame, dime...

—No; el paseo ha terminado y yo he de dejarte. Si quieres ahondar en estas cuestiones piensa mucho y piensa bien. Después de todo, si tú lo deseas, ya nos encontraremos y no por casualidad. ¡Adiós!

Felipe Mesanat, *M. S. T.*

(De *La Publicidad*, de Barcelona, 16 Agosto 1902.)

MAGNETISMO ANIMAL Y MAGIA

(Conclusión).

En el mismo sentido se expresa Agrippa de Nettesheim, *De oculta philosophia*, lib. I, cap. 66: «No menos se sujeta el cuerpo á alma ajena que á ajeno cuerpo»; cap. 67: «Lo que dicta el alma del que odia con fuerza, tiene eficacia de dañar y destruir, y lo mismo en lo demás que afecta el alma con fortísimo deseo. Pues todo aquello que obra y dicta con caracteres, figuras, palabras, gestos y cosas análogas, son ayudas de los apetitos del alma, adquiriendo ciertas admirables virtudes, ya del alma del laborante en aquella hora en que el apetito ese la invade más, ya por influjo celeste que de tal modo mueve el ánimo.» Cap. 68: «Hay en las almas de los hombres cierta virtud de mudar y ligar cosas y hombres á aquello que se desea, y todo le obedece. cuando se transporta á un gran exceso de una pasión ó virtud cualquiera, hasta el punto de sobreponerse á aquellos á quienes liga. La raíz de esta ligazón es el afecto vehemente del alma.»

Lo mismo Julio César Vannini, *De admir, naturae arcan*, lib. IV, dial. 5: «La imaginación vehemente, á que obedecen espíritu y sangre, cumple realmente lo concebido en la mente, no sólo hacia dentro *(intra)*, sino también hacia fuera *(extra)*.» «Añádese el dicho de Avicena: el camello cae por la imaginación de alguno.»

Lo mismo habla Juan Bautista van Helmont, empeñándose en rebatir el influjo del diablo en la magia, para atribuírselo á la voluntad. De la gran colección de sus obras, *Ortus medicinae*, citaré algunos pasajes, mencionando los escritos en que se hallan:

Recepta iniecta, pár. 12: «Como el enemigo de la Naturaleza (el diablo) no puede llevar por sí mismo á cabo la misma apli-

cación, suscita en la hechicera una idea de fuerte deseo y odio, para que, por mutación de estos medios mentales y libres, transfiera su querer á lo que intenta, hacia donde en primer lugar prescribe en sus odiosísimas puercas execraciones, con idea de deseo y de terror.» Pár. 13: «Porque este deseo, que es pasión del imaginante, crea así la idea, no vana, sino ejecutiva y movedora de encantamiento.» Pár. 19: «Ya demostré que la fuerza del encantamiento depende de la idea natural de la hechicera.»

De iniectis materialibus, pár. 15: «La hechicera, por ser natural, forma imaginativamente una idea libre, natural y dañina... Las hechiceras obran por virtud natural... El hombre envía otro medio ejecutivo, emanativo y mandativo para encantar al hombre, medio que es la idea de un fuerte deseo. Es inseparable en el deseo el conseguir del desear.»

De sympatheticis mediis, pár. 2.°: «Las ideas de deseo yacen, por modo de influencias celestes, en el propio objeto, por muy remotas que de él se hallen en el lugar. Dirígense por el deseo que les especifica el objeto.»

De magnetica vulnerum curatione, pár. 76: «Hay, pues, en la sangre cierto poder estático, que, si se le excita con ardiente deseo, puede llevarse á cualquier objeto ausente por espíritu del hombre exterior, pues este poder late en el hombre exterior, como en potencia, y no se mueve al acto si no es excitado á obrar, encendida la imaginación con ferviente deseo ó por cualquier arte.» Pár. 98: «El alma, enteramente espíritu, de ningún modo podría mover y concitar al espíritu vital (corpóreo, ciertamente), ni mucho menos á la carne y los huesos si no descendiese de ella al espíritu y al cuerpo cierta fuerza natural, mágica y espiritual. Dime á qué pacto obedecería el espíritu corpóreo por mandato del alma, si el mandato no fuese para mover al espíritu y después al cuerpo. Objetarás al punto contra esta motriz mágica, que está dentro de su concreto y natural hospicio, y que, si le llamamos mágica, hay extorsión y abuso del nombre, visto que la verdadera y supersticiosa magia no toma su base del alma, y que no vale el alterar con ella cosa alguna, moviéndola fuera del cuerpo. Respondo que la fuerza y magia natural del alma, la que obre fuera de él, por virtud de la imagen de Dios que es late obscura en el hombre, como durmiendo (después de la prevaricación) é indigna de excitación, fuerzas que están siempre en nosotros, como soñolientas ó ebrias, bastando para

cumplir sus oficios en el cuerpo. Así es como duermen la ciencia y el poder mágicos, para obrar en el hombre á una sola señal.» Pár. 102: «Satanás excita esta fuerza mágica (por lo demás durmiente é impedida por la ciencia del hombre exterior) en sus siervos, poniéndola á su servicio, siendo á la vez espada en mano del poderoso, es decir, de la hechicera. Ni para llevarles al homicidio se sirve Satanás de otra cosa que de la excitación de la dicha potestad soñolienta.» Pár. 106: «La hechicera mata á un caballo que está ausente en su establo; derívase, pues, cierta virtud natural del espíritu de la hechicera y no de Satanás, virtud que oprime ó extrangula al espíritu vital del caballo». Párrafo 139: «Llamo espíritus patronos del magnetismo, no á los que bajan del cielo, y mucho menos á los infernales, sino que hablo de aquellos que nacen en el mismo hombre, como del pedernal el fuego. Tómase, pues, por la voluntad humana un poquito de espíritu vital influyente, asumiendo éste entidad ideal, como forma para su complemento. Y una vez alcanzada esta perfección, el espíritu ocupa un lugar intermedio entre los cuerpos y los no cuerpos. Envíase á aquel, á quien se dirige la voluntad, una entidad ideal... no restringiéndose ningún imperio del lugar, tiempo ó dimensiones, no siendo tampoco ni demonio ni efecto alguno de ente, sino que es cierta acción espiritual de él, natural y nativa en nosotros.» Pár. 168: «He diferido hasta aquí el propalar el gran misterio, es á saber: el mostrar que está á mano la energía; conque, sin más que su fantasía y albedrío, puede obrarse fuera de sí mismo é imprimir alguna virtud, perseverando después la influencia y obrando sobre objeto lejano».

También P. Pomponazzi (*De incantationibus. Opera. Basil*, 1567, pág. 44), dice: «Sucede que hay hombres tales que tienen en potencia fuerzas de éstas, obrando con acto por fuerza imaginativa y desiderativa, saliendo tal virtud al acto, y afectando á la sangre y al espíritu que, por evaporación, tienden hacia fuera produciendo tales efectos.»

Quien ha dado muy notables conclusiones de este género ha sido Juana Leade, discípula de Pordage, teósofa mística y visionaria en Inglaterra, en tiempo de Cromwell. Llegó á la magia por una vía enteramente peculiar. Así como en todos los místicos, el rasgo característico fundamental de Juana Leade es el de enseñar la unificación del propio yo con Dios. Pero, según

ella, á consecuencia de la unión de la voluntad humana con la divina, participa aquélla de la omnipotencia, alcanzando así el poder mágico. Resulta, pues, que lo que otros hechiceros creían deberse á su pacto con el diablo, atribúyelo ella á su unificación con Dios, siendo, por lo tanto, su magia blanca, en el sentido más eminente. Por lo demás, no produce esto diferencia alguna en el resultado y en la práctica. Era Juana reservada y misteriosa, como convenía á su tiempo; pero se ve, sin embargo, que no era eso en ella un corolario teórico nada más, sino que había brotado de ulteriores conocimientos y experiencias. El pasaje capital en su *Revelación de las revelaciones*, y sobre todo en la página en que se describe el «poder de la voluntad abandonada». De este libro ha tomado Horst, en su *Biblioteca de magia*, tomo I, el siguiente pasaje, que es es más un resumen que una cita literal: «La fuerza mágica pone á aquellos que la poseen en estado de dominar y renovar la creación, esto es, los reinos vegetal, animal y mineral; de modo que si cooperan *muchos* en *una sola* fuerza mágica podría hacerse paradisiaca á la Naturaleza... ¿Cómo llegamos á esta fuerza mágica? Con el nuevo nacimiento por la fe, esto es, por la conformidad de nuestra *voluntad* con la *voluntad* divina, puesto que la fe nos somete el mundo en cuanto tiene por consecuencia la conformidad de nuestra *voluntad* con la divina, y que todo sea nuestro y tenga que obedecernos, como dice San Pablo». Hasta aquí Horst. En la mencionada obra de J. Leade expónese que Cristo ha obrado sus milagros por la potencia de su voluntad, en cuanto dijo al leproso: «Lo *quiero;* sé purificado.» Mas á las veces dejábalo á la voluntad de aquellos que observaba tenían fe en él, al decirles: «¿Qué queréis que os haga?», puesto que no hubiera obrado en ellos menos que lo que deseaban que se les hiciera por el señor en su voluntad. «Merece que consideremos estas palabras de nuestro Salvador, en vista de que la *suma magia* consiste *en la voluntad*, en cuanto se pone en unión con la voluntad del Altísimo, y si estas dos ruedas van á la par, son, etc...» En otro pasaje dice: «pues ¿qué puede resistir á una voluntad que está unida con la voluntad de Dios? Semejante voluntad está con tal poder que cumple siempre sus propósitos. No es *ninguna voluntad desnuda* que carezca de su vestido la fuerza, sino que lleva consigo una insuperable omnipotencia con la que puede extirpar y plantar, matar y dar vida, atar y desatar, curar y dañar; poder que se concentra

y recoge todo en la regia voluntad, nacida libre, y poder que solemos llegar á conocer después de habernos hecho uno con el espíritu de Salvador ó de habernos unido con él en un espíritu y una esencia.» Otro pasaje: «Tenemos que ahogar ó anegar las muchas y variadas voluntades que nazcan de la mezclada esencia del alma, y perdernos en las abismáticas honduras, de donde saldrá y surgirá la *voluntad virginal*, que jamás ha sido sierva de cosa alguna, sino que, enteramente libre y pura, está en relación con la fuerza todopoderosa y que produce frutos y consecuencias inefables... de donde el ardiente óleo del espiritu del Salvador se enciende en las chispas que la *magia* emite.»

También Jacobo Böhme, en su *Explicación de seis puntos* habla, en el punto V, de la magia, en el sentido expuesto. Entre otras cosas dice que «la magia es la madre de la esencia de todas las esencias, pues se hace á sí misma y se entiende en los *apetitos*... La recta magia no es esencia alguna, sino el *espíritu apetitivo* de la esencia... En suma: la magia es el hacer en el *espíritu volitivo*».

Como confirmación, ó en todo caso como explicación del punto de vista expuesto acerca de la voluntad como el verdadero agente de la magia, puede insertarse aquí una extraña anécdota que tomándola de Avicena, cuenta Campanella en el libro IV, cap. 18, *De sensu rerum et magia*. Dice que «unas mujeres acordaron ir á un jardín á esparcir el ánimo, no habiendo ido una de ellas. Jugando las demás cogieron una naranja y la pinchaban con agudas agujas diciendo: así agujeramos á la mujer tal, que rehusó venirse con nosotras; y habiendo echado la naranja á un pozo, se fueron. Hallaron enseguida á aquella mujer dolorida, pues había sentido como si la hubiesen traspasado con clavos á la hora en que ellas pincharon la naranja, habiéndose estado atormentada hasta que sacaron los alfileres de la naranja, imprecando la salud de la enferma».

Krusenstern, en su *Viaje alrededor del mundo*, 1812, nos presenta una descripción muy notable y prolija de hechicería matadora, que ejercen á las veces con éxito, los sacerdotes de los salvajes de la isla Nuckahiwa, y cuyos procedimientos son enteramente análogos á los de nuestras curas por simpatía. Dice así: «Me parece que tiene alguna relación con su religión una creencia general en la brujería, que es muy considerada por los isleños todos, pues según dicen ellos, tan sólo los sacerdotes dis-

ponen de esa fuerza mágica, aun cuando logran algunos del pueblo llegar á poseer el secreto, verosímilmente para hacerse de temer y obtener presentes. Esta brujería, que llaman *kaha*, consiste en matar por un medio lento á aquel á quien odian, siendo el término fijado el de veinte días. Se hace así: el que quiere ejecutar su venganza por encantamiento, busca, sea como fuese, la saliva, la orina ó el excremento de su enemigo, y una vez obtenido, lo mezcla con polvo, pone la mezcolanza en una bolsa, tejida de un modo especial, y la entierra. El importante secreto consiste en el arte de tejer bien la bolsa, y en la preparación del polvo. Una vez enterrada la bolsa, muéstranse ya los efectos en el víctima del encantamiento. Enferma, languidece de día en día, y á los veinte muere sin remisión. Si, por el contrario, procura apartar la venganza de su enemigo y compra su vida con un cerdo ú otro regalo de importancia, puede salvarse, aun en el día décimonono, así que se desentierra la bolsa, cesando los efectos de la enfermedad. Restablécese poco á poco y á los pocos días está ya sano». Es esto muy digno de tenerse en cuenta, por cuanto aparece esta tradición enteramente lo mismo que todas las europeas, estando en país tan lejano de ellas.

Compárese con ella, sobre todo lo que cuenta acerca de las jaquecas Bende Bendsen, en la nota de las páginas 128 á 132 del tomo 9.° del *Archivo de magnetismo animal*, de Kieser. Cuenta que él mismo encantó á otro mediante cabellos cortados del mismo, y concluye diciendo: «El llamado arte de brujería, en cuanto de él tengo experiencia, no consiste en otra cosa más que en la preparación y aplicación de un medio magnético que haya de obrar perjudicialmente, unido con un *mal efecto de la voluntad*; este es el pacto con Satanás.»

El acuerdo de todos estos escritores, tanto de unos con otros, como con las convicciones á que ha llevado en tiempos modernos el magnetismo animal, y finalmente también con lo que en este respecto puede seguirse de mis doctrinas especulativas, es un fenómeno muy digno de atención. Lo cierto es que á todos los ensayos de magia que ha habido, hayan obtenido ó no éxito, sirve de base una anticipación de mi metafísica, en cuanto se expresa en ellos la conciencia de que la ley de causalidad no es más que el lazo de los fenómenos, quedando independiente de él la esencia en sí de las cosas, y que si es posible una acción *inmediata* sobre la Naturaleza á partir de esa esencia, desde den-

tro sólo puede cumplirse por la *voluntad* misma. Si se quisiera considerar á la magia, según la clasificación de Bacon, como la metafísica práctica, sería lo cierto que la metafísica teórica que mejor se adaptaba á su relación, había de ser no otra que mi resolución del mundo en voluntad y representación.

El feroz celo con que en todos los tiempos ha perseguido la Iglesia á la magia, y de que da un terrible testimonio el papel *malleus maleficarum*, no parece descansar tan sólo en los criminales intentos que á menudo se unían á ella, ni en el papel que se suponía jugaba el diablo, sino que brotaba en parte de un obscuro presentimiento y cuidado de que la magia reduciría la fuerza primitiva á su fuente verdadera, mientras que la Iglesia le había asignado un lugar fuera de la Naturaleza. Confírmase esta sospecha por el odio del tan previsor clero inglés contra el magnetismo animal, así como por su vivo celo contra las inocentes mesas rotatorias, contra las que no ha dejado de lanzar sus anatemas la clerecía también en Francia y aun en Alemania. El 4 de Agosto de 1856 dirigió la Inquisición romana una circular á todos los obispos, recomendándoles, en nombre de la Iglesia, que trabajen en contra del ejercicio del magnetismo animal. Las razones para ello, se dan con notable obscuridad é imprecisión, circulando por debajo una mentira y notándose que el Santo Oficio no quiere dar la verdadera razón.

A. SCHOPENHAUER.



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

Los rajputs son llamados hindus y se dice que pertenecen á la raza aria; pero ellos se dan el nombre de Surya-vansa, esto es, descendientes de Surya ó el sol.

Los brahmanes derivan su origen de Indu, la luna, y son llamados Indu-vansa; Indu, Soma ó Chandra significan la luna en sanskrito. Si los primeros arios que aparecieron en el prólogo de la historia universal son brahmanes,

esto es, la gente que, según Max Müller, cruzaron los Himalayas y conquistaron el país de los cinco ríos, entonces los rajputs no son arios, y si son arios no son brahmanes, por cuanto todas sus genealogías y libros sagrados (*Purânas*) demuestran que son mucho más antiguos que los brahmanes; y en este caso, además, las tribus arias existieron realmente en otros países de nuestro globo fuera del muy renombrado distrito de Oxus, cuna de la raza germánica, antecesora de los arios é indus, según lo imagina el hombre científico que hemos nombrado y su escuela alemana.

El linaje de la «luna» principia con Pururavas (véase el árbol genealógico, sacado por el coronel Tod de los manuscritos *Purânas* en los archivos de Oodeypore), esto es, 2200 años antes de Cristo, y mucho más tarde que Ikshvâku, el patriarca de Suryavansa. El cuarto hijo de Pururavas, Rech, se halla á la cabeza de la línea de la raza de la luna, y sólo después de la generación décima quinta después de él, aparece Harita, que fundó el Kanshikagotra, la tribu brahman.

Los rajputs odian á estos últimos. Dicen que los hijos del Sol y de Rama no tienen nada de común con los hijos de la luna y de Krishna. En cuanto á los bengalis, según su tradición é historia, son aborígenes. Los madrasis y los sinhaleses son dravidianos. A su vez se ha dicho que pertenecen á los semitas, á los hamitas, á los arios, y últimamente han sido abandonados á la voluntad de Dios, con la conclusión de que los sinhaleses, en todo caso, deben ser mongoles de origen turanio. Los maharavattis son aborígenes de la India Occidental, y los bengalis lo son de la Oriental; pero á qué grupo de tribus pertenecen estas dos nacionalidades, ningún etnógrafo puede determinarlo, excepto, quizá, un alemán. Las tradiciones de la gente misma son generalmente negadas, porque no están en armonía con conclusiones precedentes. El significado de los manuscritos antiguos es desfigurado, y, en una palabra, sacrificado á la ficción, si ésta procede de la boca de algún oráculo favorito.

Las masas ignorantes son á menudo censuradas y culpadas de superstición por crear ídolos en el mundo espiritual. ¿No es, pues, el hombre educado, el hombre que ansía conocimiento, ilustrado, aún más incongruente que estas masas, cuando trata de sus autoridades favoritas? ¿No permite que media docena de laureadas cabezas hagan lo que les de la gana con los hechos, á fin de sacar sus propias conclusiones con arreglo á sus gustos, y no lapida, tratándolo como un necio ignorante, á todo el que ose levantarse contra las decisiones de estos casi infalibles especialistas?

Tengamos presente el caso de este género de Luis Jacolliot, que pasó veinte años en la India, que conocía realmente la lengua y el país con perfección, y que, sin embargo, fué pisoteado por Max Müller, cuyo pie jamás holló el suelo indio.

Los pueblos más antiguos de Europa son meros niños de pecho comparados con las tribus de Asia y especialmente de la India. Y ¡oh! cuán pobres é insignificantes son las genealogías de las familias europeas más anti-

guas comparadas con las de los rajputs. En opinión del coronel Tod, quien por más de veinte años estudió estas genealogías en el país, son los anales más completos y más dignos de fe de los pueblos de la antigüedad. Datan desde 1000 á 2200 años antes de Cristo, y su autenticidad puede muchas veces comprobarse por referencias á autores griegos. Después de una larga y cuidadosa investigación y comparación con el texto de los *Puranas* y varias inscripciones monumentales, el coronel Tod llegó á la conclusión de que en los archivos de Oodeypore (ahora ocultos á la inspección pública) y sin mencionar otras fuentes, puede encontrarse una clave de la historia de la India en particular y de la historia universal antigua en general. El coronel Tod aconseja al investigador serio de esta clave, no creer, como algunos locuaces arqueólogos, que no conocen suficientemente la India, que la historia de Rama, el Mahabharata, Krishna y los cinco hermanos Pandu, son meras alegorías. Afirma que todo el que considere seriamente estas leyendas, se convencerá pronto por completo de que todas estas llamadas «fábulas» están fundadas en hechos históricos, por la existencia real de los descendientes de los héroes, por tribus, ciudades antiguas y monedas que aún existen; que para adquirir el derecho de emitir una opinión final hay que leer primeramente las inscripciones de las columnas de la Inda-Prestha de Purag y Mevar, sobre las rocas de Junagur, en Bíjoli, en Aravulí y en todos los templos jainas antiguos, esparcidos por toda la India, en donde se encuentran numerosas inscripciones en una lengua por completo desconocida, en comparación de las cuales los jeroglíficos parecen meros juguetes.

A pesar de esto, sin embargo, el profesor Max Müller, que como ya se ha dicho, no ha estado nunca en la India, hace de juez y corrige las tablas cronológicas á su gusto, y Europa, tomando sus palabras como un oráculo, sanciona sus decisiones. *Y así se escribe la historia.*

Considerando la cronología del venerable sanskritista alemán, no puedo resistir al deseo de demostrar, aunque sólo sea á Rusia, en qué frágiles bases están fundadas sus disquisiciones científicas, y cuán poco debe confiarse en él cuando se pronuncia acerca de la antigüedad de éste ó aquél manuscrito. Estas páginas son de índole superficial y descriptiva, y, como tales, no tienen pretensiones de gran saber, de suerte que lo que sigue puede parecer incongruente. Pero no hay que olvidar que en Rusia, lo mismo que en otras partes de Europa, la gente estima el valor de esta luz filológica por los puntos de exclamación que le prodigan sus admiradores, y que nadie lee el *Veda Bhashya*, de Swami Dayanand. Puede suceder también que no me halle muy lejos de la verdad al decir que la existencia misma de esta obra se ignora, lo cual pudiera ser un hecho afortunado para la reputación del profesor Max Müller. Seré lo más breve posible. Cuando el profesor Max Müller declara, en su *Sahitya-Grantha*, que la tribu aria de la India adquirió la noción de Dios paso á paso y muy lentamente, es evidente que desea probar que los *Vedas* están lejos de ser tan antiguos como lo suponen algunos de sus colegas. Habiendo presentado oportunamente algunas pruebas, más ó menos va-

liosas, para demostrar la verdad de esta nueva teoría, termina con un hecho que, en su opinión, es indiscutible. Señala la palabra *hiranya-garbha* en los mantrams, que él traduce por la palabra «oro», y añade que como la parte de los *Vedas* llamada chanda apareció hace 3100 años, la parte llamada mantrams no pudo haber sido escrita en época anterior á la de hace 2900 años Haré presente al lector que los *Vedas* están divididos en dos partes: chandas ó slokas, versos, etc., y mantrams ú oraciones é himnos rítmicos, que al mismo tiempo son encantamientos empleados en la magia blanca. El profesor Max Müller divide el mantram («Agnihi Poorwebhihi, etc.») filosófica y cronológicamente, y encontrando en él la palabra *hiranya-garbha,* la denuncia como un anacronismo. Los antiguos — dice — no conocían el oro, y por tanto, si el oro es mencionado en este mantram, significa que fué compuesto en una época relativamente moderna, y así sucesivamente.

Pero en este punto el ilustre sanskritista comete un gran error. Swami Dayanand y otros pandits, que algunas veces están lejos de ser aliados de Dayanand, sostienen que el profesor Max Müller ha interpretado erróneamente el significado del término *hiranya.* Originalmente no significaba oro» y ni aun ahora tampoco, cuando está unida á la palabra *garbha.* Así, todas las brillantes demostraciones del profesor han sido trabajo vano. La palabra *hiranya* en este mantrâm, debe traducirse «luz divina», místicamente un símbolo de conocimiento; de un modo análogo usaban los alquimistas el término «oro sublimado» por «luz», y esperaban componer el metal objetivo con sus rayos. Las dos palabras *hiranya-garbha,* tomadas juntas, significan literalmente el «seno radiante», y cuando se usan en los *Vedas* designan el primer principio, en cuyo seno, como el oro en el seno de la tierra, permanece la luz del conocimiento divino y de la verdad, la esencia del alma libertada de los pecados del mundo. En los mantrams, así como en los chandas, hay siempre que mirar un doble sentido; 1.°, el metafísico, puramente abstracto; y 2.°, el puramente físico; pues todo lo que existe en la tierra está estrechamente relacionado con el mundo espiritual, del cual procede y por el cual es reabsorbido. Por ejemplo, Indra, el dios del trueno, Surya, el dios sol, Vayu, dios del viento, y Agni, dios del fuego, dependen todos cuatro de este primer principio divino, y parten, según el mantram, de *hiranya-garbha,* el seno radiante. En este caso los dioses son personificaciones de las fuerzas de la Naturaleza. Pero los Adeptos iniciados de la India comprenden muy claramente que el dios Indra, por ejemplo, no es más que un mero sonido, nacido del choque de las fuerzas eléctricas, ó simplemente la electricidad misma. Surya no es el dios del sol, sino sencillamente el centro del fuego en nuestro sistema, la *esencia de donde procede el fuego, el calor, la luz,* etc.: la cosa misma, especialmente, que ningún hombre científico europeo, desde Tyndall á Schröpfer, ha definido todavía. Este significado oculto escapó por completo á la atención del profesor Max Müller, y esta es la razón porque, apegado á la letra muerta, nunca vacila antes de cortar un nudo gordiano ¿Cómo ha de permitírsele, pues, que dicte su fallo sobre la

antigüedad de los *Vedas*, cuando está tan lejos de la verdadera comprensión de la lengua de estos antiguos escritos?

Lo anterior es un resumen del argumento de Dayanand, y á él deben dirigirse los sanskritistas para más particulares, los cuales encontrarán, seguramente, en su Rigvedadi Bhashya Bhoomika.

En la cueva todos dormían profundamente alrededor del fuego, excepto yo. Ninguno de mis compañeros parecía cuidarse en lo más mínimo ni del ruído de las miles de voces de la feria, ni del prolongado y lejano rugir de los tigres que se elevaba del valle, ni aun siquiera de las oraciones, en alta voz recitadas por los peregrinos que durante toda la noche iban y venían, cruzando sin temor alguno el escarpado sendero que á nosotros, aun de día, tales zozobras nos causara. Venían en patidas de dos y de tres, y á veces aparecía alguna mujer solitaria sin algún acompañante. No podían llegar al vihâra grande porque nosotros ocupábamos su entrada en la verandah, y así, después de refunfuñar un poco, entraban en una pequeña cueva lateral, algún tanto semejante á una capilla, donde figuraba una estatua de Devaki-Mata sobre un estanque lleno de agua. Cada peregrino se postraba un momento, luego colocaba su ofrenda á los pies de la diosa y se bañaba en las «aguas santas de purificación», ó cuando menos, humedecía su frente, mejillas y pecho con un poco de agua; finalmente se retiraba de espaldas, se arrodillaba de nuevo en la puerta y desaparecía en la obscuridad, balbuceando la última plegaria: «¡Mata, maha, mata!» ¡Madre, gran madre!

Dos de los servidores de Gulab-Sing, que habían recibido la orden de defendernos de las fieras, se hallaban sentados en las gradas de la verandah, con sus lanzas tradicionales y sus escudos de piel de rinoceronte. Yo no podía dormir, y así observaba con curiosidad creciente todo lo que sucedía. Tampoco dormía el Takur. Cada vez que levantaba mis ojos, abrumados por el cansancio, percibía en primer término la gigantesca figura de nuestro misterioso amigo.

El rajput se hallaba sentado á la moda oriental — los pies levantados y los brazos rodeando sus rodillas — en un banco cortado en la roca á un extremo de la verandah, fija la mirada en la atmósfera argentina. Estaba tan cerca del abismo, que cualquier movimiento descuidado le ponía en gran peligro. Pero ni la misma diosa de granito, Bhavani, estaba más inmóvil. La luz de la luna era tan fuerte, que la negra sombra debajo de la roca que le cobijaba, se hacía doblemente impenetrable, y velaba su cara con tinieblas absolutas. De vez en cuando la llama de los fuegos mortecinos, reavivándose momentáneamente, lanzaban su caliente reflejo sobre su bronceada forma, permitiéndome distinguir sus líneas de esfinge y sus ojos resplandecientes, tan inmóviles como el resto de las facciones.

«¿Qué debo pensar? ¿Duerme simplemente, ó se encuentra en ese estado extraño, en ese anonadamiento temporal de la vida del cuerpo? Precisamente aquella mañana nos refería cómo los Raj-yogis iniciados podían sumirse á voluntad en ese estado. . . . . ¡Oh, si al menos pudiera yo dormir! . . . . »

De repente un silbido agudo y prolongado, á mi lado mismo, me hizo dar un salto y temblar con las confusas reminiscencias de las cobras. El sonido era estridente, y procedía, á no dudarlo, de debajo del heno en que reposaba. ¡Luego sonó uno, dos! Era nuestro reloj de alarma americano, que siempre viajaba conmigo. No pude menos de reirme de mí misma, y sentirme á la vez avergonzada de mi involuntario miedo.

Pero ni el silbido, ni las ruidosas campanadas del reloj, ni mi repentino movimiento, que hizo que Miss X. levantara su soñolienta cabeza, conmovieron á Gulab-Sing, que seguía colgado sobre el precipicio. Pasó otra media hora. Oíase aún el lejano rumor de la fiesta, pero todo á mi alrededor estaba tranquilo y silencioso. El sueño huía más y más lejos de mí. Levantóse un viento fuerte y fresco, antes del amanecer, que hizo mover las hojas y sacudir luego las copas de los árboles que se elevaban sobre el abismo. Mi atención estaba atraída por el grupo de los tres rajputs que tenía delante: los dos escuderos y su amo. No puedo decir por qué me atrajo en este momento la vista de los largos cabellos de los criados, que flotaban al viento, aunque el sitio que ocupaban estaba relativamente resguardado. Volví los ojos hacia su Sahib y la sangre se paralizó en mis venas. El velo del topi de uno de ellos flotaba arremolinado por el viento, y en tanto el cabello del Sahib permanecía tan inmóvil como si estuviese fuertemente adherido á sus hombros. ¡No se movía un pelo, ni un sólo pliegue de su ligero vestido de muselina!

¿Qué significa ésto? — me pregunté á mí misma. — ¿Es delirio, es alucinación ó es una realidad maravillosa é inexplicable? Cerré los ojos diciéndome que no debía mirar más. Pero un momento después los volví á abrir sobresaltada por crujidos que sentí encima de las gradas. La larga y obscura silueta de un animal apareció á la entrada, distintamente contorneada en el pálido firmamento. Vi su perfil. Su larga cola azotaba sus costados. Los dos criados se levantaron veloz y silenciosamente y volvieron sus cabezas hacia Gulab-Sing, como pidiéndole órdenes. ¿Pero dónde estaba Gulab Sing? En el sitio que antes ocupaba no había nadie. Sólo se percibía el topi desgarrado por el viento. Me levanté de un salto y un tremendo rugido me ensordeció, llenando el vihâra, despertando los dormidos ecos y resonando como el atenuado retumbar del trueno sobre las orillas del precipicio. ¡Dios santo! ¡Un tigre!

Antes que este pensamiento tuviese tiempo de tomar clara forma en mi mente, los durmientes se levantaron de un salto y todos los hombres se precipitaron sobre sus fusiles y revolvers, y entonces oímos crujir las ramas rotas y el ruído de un cuerpo pesado que se deslizaba en el precipicio. La alarma era general.

«¿Qué es lo que pasa?» — dijo la voz tranquila de Gulab-Sing, y de nuevo lo volví á ver en el banco de piedra. — «¿Por qué estais tan asustados?»

«¡Un tigre!» ¿No era un tigre? — profirieron atropelladamente las voces de europeos é indios.

Miss X. temblaba como atacada de fiebre.

«Si era un tigre ú otra cosa, nos importa ya poco. Lo que quiera que haya sido, está ahora en el fondo del precipicio» — contestó el Rajput, bostezando.

«No sé por qué el Gobierno no destruye todos esos horribles animales» — dijo sollozando la pobre Miss X., que evidentemente creía á ciegas en la omnipotencia del Poder Ejecutivo.

«¿Pero cómo os habéis librado 'del de las rayas'?» — insistió el coronel. — «¿Ha disparado alguien algún tiro?»

«Vosotros los europeos creeis que un tiro es, si no el único, por lo menos el mejor medio de librarse de las fieras. Nosotros poseemos otros medios más eficaces á veces que los fusiles» — dijo Babu Narendro-Das-Sen. — «Esperad á que llegueis á Bengala y allí tendreis muchas ocasiones de trabar conocimiento con los tigres.»

Por entonces empezaba á clarear, y Gulab-Sing nos propuso descender y examinar el resto de las cuevas y las ruínas de una fortaleza, antes que el día calentase demasiado; y así, á las tres y media nos dirigimos al valle por otro camino más fácil, y por esta vez, afortunadamente, no tuvimos aventuras. El Mahratti no nos acompañó; desapareció sin decirnos dónde iba.

(Se continuará.)

❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦

BIBLIOGRAFÍA

F. Forga. — *Folletos de propaganda vegetariana.*

1.° «Pequeño catecismo de reforma alimenticia», seguido del régimen razonado, por van Obbergen.

2.° «El vegetarismo como fundamento para una nueva vida», por el doctor Pablo Foerster.

3.° «Ecos vegetarianos á través de veinte siglos», recopilado por F. Forga.

4.° «Cómo se vive bien con veinticinco centavos al día», por el doctor T. S. Nichols.

Interesantes estudios traducidos, como tantos otros, por el infatigable propagandista del vegetalismo Sr. Forga.

Dicho señor, con generosidad digna de todo encomio, REMITE GRATIS á quien lo solicite, cuantos trabajos viene publicando sobre el particular, pudiéndose hacer las peticiones á su nombre á Arequipa (Perú). También admite óbolos, por insignificantes que sean, en sellos de correo, letras, etcétera, destinados á favorecer la publicación y difusión de obras vegetarianas.

Lob-Nor. — *Por qué se fundó la Sociedad Teosófica.* La Plata, 1902.

Folleto interesante escrito con admirable claridad. Su autor presenta un cuadro exacto del estado social actual, y expone los ideales teosóficos como medios de normalizar la vida moderna.



SECCIÓN OFICIAL

Ootacamund, India, 5 Agosto 1902.

Aviso á los Secretarios generales de las Secciones de la S. T.

Queridos señores y hermanos:

Prevengo á ustedes fijen toda su atención en el hecho de que hay una persona cuyo nombre verdadero se dice ser Sarak, que desde hace más de trece años ha estado embaucando á los miembros de la Sociedad Teosófica en varios países, sacándoles dinero con falsas pretensiones, generalmente con la de que está comisionado por nuestros Maestros del Tibet para recoger derechos de iniciaciones y diplomas; algunas veces, después de obtener la confianza de las personas, les saca dinero como «préstamo», desapareciendo después para volver á aparecer con un nuevo alias en otra ciudad ó país. Por dos veces ha sido expulsado de la Sociedad Teosófica, una vez por la Sección Europea como «Doctor conde de Das» y otra vez por mí como «Doctor Martínez» por estafar á gentes en Buenos Aires. Su último campo de explotación fué Washington, D. C., la capital de los Estados Unidos, donde por corto tiempo hizo sensación y tomó mucho dinero de sus víctimas bajo el pseudónimo de «Inspector general doctor Alberto de Sarak, conde de Das, Ref. Seange T.» Engaña á las gentes con algunas tretas de prestidigitador, mezcladas con enormes pretensiones de poderes ocultos.

Como es imposible prever dónde este estafador va á seguir sus operaciones, creo es mi deber avisar á todos ustedes y rogarles que, por medio de vuestras publicaciones y por cartas personales á los jefes en los mayores centros de población, se prevenga á nuestras Ramas y miembros que estén sobre aviso para ponerlo de manifiesto, como hicieron eficazmente nuestros miembros en Washington con la ayuda de la prensa local.

De ustedes fraternalmente,

H. S. OLCOTT, *P. S. T.*

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Madrid.